

# PRÓLOGO

TELAR concreta un viejo anhelo del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos. A través de la revista queremos renovar nuestra apuesta a la razón y a la pasión, a la memoria y a la libertad en un mundo global, que quiere arrasarnos. Proponemos un espacio para la escritura y la lectura. El diccionario define el telar como una máquina para tejer, una fábrica de tejidos pero también como la parte superior del escenario, donde quedan fuera de la vista del público los telones y bambalinas que desde allí se hacen descender al escenario cuando es preciso. Así llaman los encuadernadores al aparato donde colocan los pliegos para coserlos. Todas estas acciones remiten a nuestra tarea con las palabras y las ideas. Una tarea situada en una provincia y en un continente que trama no sólo discursos y prácticas del adentro sino también del afuera.

Me gustaría comenzar con dos pensamientos, uno del narrador uruguayo Eduardo Galeano: “Nada de neutral tiene este relato de la historia. Incapaz de distancia, tomo partido: lo confieso y no me arrepiento... Cuanto aquí cuento ha ocurrido; aunque yo lo cuento a mi modo y manera”. Otro del poeta peruano César Vallejo: “Y no me digan nada,/ que uno puede matar perfectamente,/ya que, sudando tinta,/uno hace cuanto puede, no me digan...” Entre estos dos gestos, la verdad y la voluntad, la historia y la literatura se sitúa nuestra labor.

Hacia 1930, Walter Benjamin vaticinaba el empobrecimiento de la experiencia frente a los embates de la novedad y la información. Aunque la barbarie anunciada por el angustiado filósofo nos acecha en estos, los tiempos del Imperio, todavía es válido hoy y aquí en este Tucumán nuestro rincón de soledades y solidaridades donde “la noche de la basura” de los autoritarismos insiste en sepultar al Jardín del Edén, que haya espacio para la tarea de conservar y transmitir nuestras preciosas experiencias personales y comunitarias, nuestros pensamientos y sentimientos.

El Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT es uno de esos lugares de resistencia. Nació allá por 1987, recién amainados los vientos de la dictadura, ligado a la cátedra de Literatura Hispanoamericana, a propuesta de Octavio Corvalán y mía. Recuerdo nítidamente una conversación con Noé Jitrik que en esta narración se constituye en escena de origen. Le reprochaba yo el poco espacio que tenía la crítica literaria tucumana. Me contestó desafiante que sólo lo adquiriríamos si abandonábamos la actitud de demanda y la sustituíamos por la construcción de una alternativa. Descubrí entonces, que la respuesta estaba en nuestra propia producción, en esas enormes ganas de hacer palabras e ideas de los que me rodeaban y tender puentes entre nuestro Tucumán y el mundo. Hace de esto diecinueve libros, algunos individuales que conforman las colecciones que hemos formalizado como estudios coloniales, estudios

contemporáneos y escrituras testimoniales.

Se trata de una apuesta a la memoria en un mundo global y homogeneizado donde, hay que devolverles palabras a la noche, voces al silencio en este profundo sur, donde la verdad se ha atesorado en letras ocultas o palabras susurradas, donde a veces nos ha parecido que, como dice el personaje de una novela, “las decapitaciones nos civilizaron lentamente” hasta hacernos perder el valor de las palabras, desgastarlas, esconderlas, disfrazarlas. El sur ese espacio imaginario, clausurado por la dictadura, que se concibe a sí mismo como desierto y ciudad, como civilización y barbarie. El norte del sur donde la luna resplandece sobre el cañaveral cuya dulzura no alcanza a acallar la violencia y el silencio.

Todos compartimos la necesidad de pensar esta revista como una máquina de tejer, como un soporte donde apoyar la tela de las palabras, una tela de heterogéneos hilos. Como una caja de herramientas sino también como una representación del mundo. Como un sistema de interpretación de la realidad. En estas latitudes en las que, como señala el poeta, muchas veces “la cólera quiebra al hombre en niños”, el desafío es trabajar con pasión para sentir que, a veces, aunque no siempre, los muertos se convierten en frutos, sólo entonces podemos darlos tranquilos a la tierra. Entonces podemos dar la vida a los vivos, cantando lo que ésta tiene de luces y sombras, de combate y resistencia.

Carmen Perilli